

# El coraje de educar

Por Corinne Zaugg

**En el proceso de renovación de la familia, la educación ocupa el lugar principal. Educar no es fácil. Se necesita coraje, porque hay que hacer elecciones, tomar posición y, sobre todo, poseer «algo» que consideremos digno de compartir.**



Muchas veces, nuestras jornadas están acompañadas por una cierta pasividad, apatía, descontento, amargura, desconfianza, desilusión, rabia... y esto oscurece lo valioso que podríamos comunicar. Es necesario que sepamos evidenciar los carriles que guían nuestros esfuerzos, que dan sentido a lo que hacemos porque, si el motor de nuestras acciones se reduce a un simple hacer por hacer, lo que transmitimos a nuestros hijos es muy pobre. Por eso, es muy importante tener claridad en nuestro interior y comprender qué valores vale la pena compartir.

Educación es un acto de amor. Un acto doble. Amor por aquellos a los que queremos educar y también amor por los contenidos que deseamos transmitir. En efecto, no vamos a educar a quienes nos resultan indiferentes o extraños, sino a quienes nos han sido confiados, cuyo bien nos interesa mucho. Primeros entre todos: nuestros hijos.

## Algo más que enseñar

Si pensamos en la relación que nos une a nuestros hijos, es fácil entender la diferencia entre educar y enseñar. A mi modo de ver, la educación tiene en común con la enseñanza el proceso de transmisión

de conocimientos y saberes, pero se trata de conocimientos y saberes particulares, ligados al mundo de las emociones, los sentimientos, los valores. Al educar, transmitimos al otro nuestro mundo interior, las reglas y a veces también las contradicciones que nos guían. La ortografía, los números, la geografía se enseñan. Pero, en la atención hacia los demás, la fe, el coraje, la generosidad, el amor por la verdad y la justicia... sólo podemos ser educados y educar.

Por eso, aquellos a los que educamos deben ser personas queridas. Porque los hacemos herederos de lo más valioso que poseemos. Los sentimos dignos de recibir este don, consideramos

importante darles, además de una serie de accesorios irrenunciables como la salud y la instrucción, también una brújula que pueda indicarles la dirección a la cual orientar sus vidas y sus esfuerzos.

Quizás por esto es tan difícil educar. Sobre todo en nuestros días en que abolimos, descartamos, menospreciamos muchas de las certezas que durante siglos sostuvieron la educación.

Por lo tanto, educar significa estar dispuestos a donar y a donarse. Donar lo mejor de sí, los propios sueños, la fe, la visión del mundo, los ideales, hasta las propias ilusiones. Significa exponerse, revelarse, tomar posición y decir: «Esto soy y esto te dono». Por eso, no puede haber educación donde no existe este doble amor.

## El alma en el banco...

No podemos negar que, sobre todo por lo que se refiere a la educación religiosa, nos sentimos incómodos. Muchas parejas jóvenes piensan que no tienen el derecho de imponer su credo religioso a sus niños. Viven toda referencia a lo divino como si fuese una intrusión en la privacidad del niño. Sin embargo, no tienen ningún problema con respecto a los vestidos que le imponen desde el primer día (¿qué tal si odiara el color azul?), a la dieta que eligen por él (¿y si quisiese ser vegetariano?), a la escuela a la que lo mandan, al número de hermanitos que tenga... En cambio, para la elección religiosa parece que hay otros criterios. Sobre todo, parece que ésta no entra en el conjunto de atenciones que normalmente los papás consideran en el proceso de crecimiento de sus propios niños. ¿Por qué nos preocupamos de rodearlos con lo mejor que podemos desde el punto de vista material, y somos tan reacios a hacerlo igualmente para su bien espiritual, que es lo más bello e importante que poseen? ¿Por qué el fútbol sí y la Misa no?

Porque hoy en día el «cuerpo» es vivido de un modo absoluto, mientras que al alma, que no vemos, que no hace ruido, que no grita ni protesta, no la cuidamos y no la tenemos en consideración. Es como si la dejáramos en el banco de suplentes durante una serie interminable de partidos, hasta que un día nuestra maravillosa máquina de músculos y fuerza se traba y, entonces, le pedimos que entre en juego y... nos gane el partido.

## Una pista para despegar

Pedir el Bautismo para un hijo es pedir para él lo mejor que hay. Es hacerle el regalo más grande que se pueda imaginar. Se le regala una comunidad de pertenencia. Se lo introduce en una tradición milenaria. Se le dan raíces. Se le da una Paternidad. Se le da el Espíritu Santo, al cual siempre podrá recurrir en cualquier momento lo desee, o no. Se lo orienta hacia un futuro que, cierto, mañana él podrá contestar, rechazar, pero tendrá un piso firme, una pista de la cual podrá levantar vuelo por el camino que quiere.

Será una pista no un pantano, una propuesta en vez de la nada.

Antes de poder dar, de poder educar, es necesario comprender, saber, decidir qué se quiere ser. Mejor dicho, es necesario «ser». Tal vez por eso, hoy existe la tendencia a querer ponerse al mismo nivel de los hijos, querer quedarse jóvenes como ellos, junto a ellos; prolongar la «nube» de la adolescencia para no elegir, para no asumirse la gran responsabilidad que los valores conllevan. Por eso, hoy prevalece la tendencia a dejar que el niño sea «libre» de expresar lo que tiene adentro. Sin embargo, es suficiente dar una mirada a los chicos que viven a nuestro alrededor, para descubrir que esa «libertad» que se les ha dado, la han vivido como indiferencia y que las muchas transgresiones, grandes y pequeñas, que se mandan son pedidos de atención, de diálogo, de ayuda. Ellos, como todos nosotros, no necesitan de maestros que le indiquen con palabras el camino, sino que —como ya había intuido Pablo VI— están hambrientos de testigos que los eduquen con amor y valentía, a través del ejemplo de la propia vida. ○

